La loberta. Espada de Fernando III

© del texto: Francisco Walls Albarran
© maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
© portada: Punto Rojo Libros, S.L.
© de esta edición:
Punto Rojo Libros, S. L., 2016
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorojolibros.com
www.puntorojolibros.com

Impreso en España • Unión Europea
Primera edición: julio 2016

ISBN: 9788416799671

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Francisco Walls Albarran

LA LOBERA

ESPADA DE FERNANDO III

PUNTO ROJO
libros

Índice

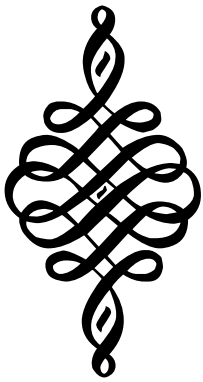
~Primera Parte~

Capítulo-01 9
Capítulo-02 18
Capítulo-03 24
Capítulo-04 35
Capitulo-05 46
Capítulo-06 55
Capítulo-07 62
Capítulo-08 70
Capítulo-09 84
Capítulo-10 95
Capítulo-11 101
Capítulo-12 111
Capítulo-13 120
Capítulo-14 127
Capítulo-15 135
Capítulo- 16 140
Capítulo-17 148
Capítulo-18 155

~Segunda Parte~

Capítulo-19 169
Capítulo-20 180
Capítulo-21 185
Capítulo-22 194
Capítulo-23 206
Capítulo-24 216
Capítulo-25 226
Capítulo-26 232
Capítulo-27 242
Capítulo-28 248
Capítulo-29 254
Capítulo-30 259
Capítulo-31 270
Capítulo-32 279
Capítulo-33 285

Primera Parte



CAPÍTULO-01

Agonizaba el día 03 de noviembre de los primeros años del siglo XVII cuando ya vencida la tarde de un frío y lluvioso día, en la nave del Lagarto que daba acceso al Patio de los Naranjos anexa a Santa María de la Sede de Sevilla donde se ubican la Biblioteca y los Archivos Capitulares; la primera institución conformada por fondos desde mediados del siglo XIII por códices, manuscritos e impresos desde los tiempos de la conquista de Sevilla en 1248, en su mayoría religiosos e incunables, como también libros y tratados que abarcan una vasta variedad del conocimiento hasta estos tiempos de la Edad Moderna, e integrada igualmente por la Biblioteca Colombina; de otro lado en el Archivo de la Catedral, se custodian documentos del rey Fernando III el Santo junto con una variedad importante de legajos y libros; se encontraba en estas dependencias el hermano Sebastián de la orden de los dominicos del Real Convento de San Pablo ayudante del canónigo responsable de su conservación, cuando al escuchar extraños ruidos en el interior del Templo en horas en la que debería de estar cerrado y en silencio. —¿Qué son esos ruidos? —Se dijo nervioso al ser fraile de fácil alteración emocional ante cualquier circunstancia inesperada. Corrió a la puerta del Templo que daba a la nave del Lagarto y abriendo el portón se asomó preguntando.

—¡Hermano Serafín, hermano Pablo! ¿Ocurre algo? —Alguien desde dentro de la Seo gritó. —¡Hay otro fraile que no escape! —Fray Sebastián al escuchar la voz contra él y percibir movimientos extraños a la altura de la Capilla Real, cerró la puerta apresuradamente por la que se había asomado a la Catedral, volvió sobre sus pasos y emprendió la huida saliendo a la calle por la Puerta del Perdón. Ante el aguacero que se había desatado, se ajustó la cogulla y aceleró el paso para acortar en lo

posible el tiempo que quedaba para llegar al Real Convento de San Pablo y ponerlo en conocimiento del padre Prior lo antes posible. Mientras corría lo que sus fuerzas le permitían a través del tórrido suelo encharcado por la lluvia que caía, el hábito empapado en agua y barro había perdido su inmaculado blanco, mientras que su capa negra se transformaba en color terroso. Volvía de vez en cuando la cabeza para asegurarse de que no le venían siguiendo y maldecía su suerte al tener que recorrer tanto espacio tan apresuradamente desde la Catedral hasta La Magdalena. Cansado por el esfuerzo realizado, se disponía a golpear en la puerta del recinto conventual cuando escuchó a sus espaldas unos pasos que se aproximaban y una voz que le exhortaba a no llamar. —¡No llame hermano! —Se sobresaltó al estar seguro de que no le habían seguido, y volviéndose preguntó con voz temblorosa. —¡Quién me lo prohíbe! —Una voz joven le respondió presentándose como fray Felipe a la vez que se aproximaba al hermano Sebastián saliendo de la oscuridad que reinaba en la plaza y continuó exhortándole.

—Sé de dónde vienes, y la noticia que trae al padre Prior, y es voluntad de Su Eminencia que no le cuente a nadie la presencia de gente en la Catedral una vez cerrada y lo que viste en ella. —Fray Sebastián compuso cara de extrañeza y a continuación de interrogación.

—¡Cómo! ¿Eso te ha mandado a decirme Su Eminencia en vez de avisar a los alguaciles? A esta hora el Palacio Arzobispal está cerrado, y no se encontraba la ronda que patrulla por los alrededores de la Catedral, no tenía otra posibilidad que venir al convento.

—No sé las razones por las que el cardenal ha tomado esa decisión. —Contestó el que decía llamarse Felipe. Y continuó fray Sebastián interrogando.

—Hermano, sabrás que dos frailes de la orden de Predicadores tiene asignada su presencia en el interior de la Catedral una vez que se cierra el Templo ¡Cómo es posible que Su Eminencia te haya ordenado que no se lo cuente al padre Prior cuando hoy he visto a gentes extrañas moverse por la cancela de la Capilla Real!

Ya se encontraba lo suficientemente cerca del asombrado fray Sebastián, el hermano Felipe, para observar en él a un fraile demasiado joven a

pesar de llevar bastante encajada la capucha. Este se plantó frente a su interlocutor, y con gesto serio le espetó. —Te lo pide Su Eminencia Reverendísima y deberás de guardar silencio así como los otros dos hermanos que se encontraban en la Catedral y que están ahora custodiados por Su Eminencia, por lo que te ruego que me acompañe al Palacio Arzobispal.

Fray Sebastián dirigió su mirada al portón de acceso al recinto del convento dudando si efectivamente debería de acompañarlo o por el contrario llamar. El que se hacía denominar Felipe notó sus dudas y siguió insistiendo en que se lo pedía Su Eminencia Reverendísima Francisco López de Guevara de la Archidiócesis de Sevilla e Inquisidor General. En ese momento el hermano Sebastián reaccionó enfrentándose al que parecía ser fraile de la orden de los dominicos.

—¡No ha transcurrido el tiempo suficiente para que haya podido llegar a conocimiento del cardenal lo que he visto en el interior de la Catedral! —Fray Sebastián presentaba cara al joven fraile, adelantándole el dedo índice en señal de amenaza. —¿Y ahora que lo pienso? ¡A ti nunca te vi en la Catedral ni en el Palacio Arzobispal! ¿Quién eres realmente?

Acabada la frase, el hermano Felipe se le echó encima sin darle tiempo a reaccionar y de un certero golpe en el mentón derribó a fray Sebastián que cayó sobre el suelo mojado quedando inmóvil e inconsciente. Desde el otro lado de la portón se escuchó decir.

—¡Qué son esas voces y ese ruido! ¿Hay alguien ahí? —El joven se mantuvo quieto amparándose en la oscuridad y cuando consideró que la voz que provenía del otro lado del muro, presumiendo que era el portero, había dejado de preguntar y sintió que se alejado de la puerta cerrando el ventanuco; se incorporó, cargó a sus espaldas al hermano Sebastián, con suficiente facilidad alejándose de los muros del convento. La lluvia seguía arreciando y la noche se presumía fría, parecía quejarse el agresor.

Realmente la noche se había convertido en temporal de lluvia y viento, sumándose truenos y relámpagos, como sucedía a lo largo de varios días en la ciudad de Sevilla, situando al río Guadalquivir al límite de desbordarse, aunque inevitablemente la Vega se inundaba y la crecida

se aproximaba a los arrabales de Triana azotando el Castillo de San Jorge por una orilla, y amenazando a la otra de extramuros.

Su Eminencia Reverendísima Francisco López de Guevara transitaba nervioso por la estancia del Palacio Arzobispal ante sus más próximos colaboradores. Murmuraba entre dientes que la noche presagiaba la tragedia que se cernía sobre la ciudad de Sevilla. El Inquisidor jurista consejero del cardenal en asuntos del Santo Oficio, el conde Enríquez de Salazar, le sacó de sus cavilaciones preguntándole. —Eminencia ¿Qué más tragedia puede suceder en nuestra ciudad, aparte de estos días de lluvias: que arrasan cosechas, ponen en peligro vidas humanas e impiden que los barcos puedan llegar a la Torre del Oro? —Su Eminencia, hombre de severo semblante, de presencia cuidada, y cuyas vestiduras de dignatario de la Iglesia le impregnaban de una alta dignidad que correspondía con sus cargos. Lo miró con cara hierática a través de sus grandes lentes y se dispuso a contestar con ambas manos en señal de oración.

—El Señor escuche nuestras oraciones y nos ilumine en los días que se avecinan para Sevilla. Damián Vidal, mi secretario aquí presente, —Señalaba con un gesto. —me trajo la noticia de que algo extraño ocurría en la Catedral. Me cuenta, que estando en la esquina de la calle Alemanes, vio salir de la Catedral a algunos hombres vestidos de oscuro a la usanza berberisca por la puerta del Perdón, se montaban en un carro y se precipitaban por la calle abajo. Corrió hacia la calle Gradas y llegó a ver como el carro salvando la Pila de hierro, se perdía en dirección a la Puerta de Jerez.

Separando ambas manos del estado de oración en que las mantenía, se situó frente a sus colaboradores y con gesto consternado y piadoso siguió con las declaraciones. —Os he reunido para anunciaros el robo sacrílego, el asesinato de un fraile dominico y otro desaparecido producido no hace mucho en la Santa Sede. —Por el tono solemne con que anunciaba el acontecimiento, todos lo miraron con cara circunspecta, temiéndose lo peor. El cardenal, cerrando los ojos y juntando las palmas de sus manos en claro gesto ritual nuevamente, apoyando levemente sus dedos en el mentón sin presionar la barba y en un espacio de tiempo que les parecieron eterno, continuó diciendo. —Ante esto hice mandar a los alguaciles a la Catedral para investigar lo ocurrido. Hace poco me traje-

ron las primeras averiguaciones... Además del robo de algunos objetos Sacros que no se han concretado aún, hay que lamentar la pérdida de uno de nuestros hermanos y la desaparición de otro, y la sustracción de la Espada de Fernando III el Santo. —En el instante de nombrar el sagrado objeto, Su Eminencia se compuso en actitud doliente, queriendo subrayar el acto más ignominioso a que se atrevieron los asesinos y sacrílegos indeseables. —Debieron de burlar la vigilancia de los accesos e introducirse en el interior de la Catedral, y hacerse con "**La Lobera**" por la fuerza.

Tanto los dos Presbíteros como los Diáconos que le asistían y el Inquisidor judicial que le acompañaba, compusieron gestos de asombro unos y de recogimiento otros, que duró pocos instantes ya que a continuación, dirigieron la mirada interrogante hacia el máximo representante de la iglesia en Sevilla a la espera de nuevas revelaciones. Continuó el Cardenal exponiendo lo sucedido a los presentes.

—Dejaron sobre la urna un pergamino torpemente escrito, que trajeron los alguaciles y que me entregó Su Reverencia Damián Vidal. —Su Eminencia se desplazó hasta una mesa auxiliar, abrió un pequeño cofre dorado decorado con arcos de ojivas y extrayendo un papel aparentemente deteriorado se volvió hacia los presentes y se dispuso a leerlo:

> *—La Espada "Lobera", nos dará fuerzas y poder para conquistar las tierras ocupadas que nos pertenecen. Ella nos conducirá a la victoria para vengar la ofensa del infiel Fernando III.*

Leído el pliego lo dobló ligeramente, y lo volvió a colocar en el cofre de donde lo había extraído, y continuó el purpurado con la exposición de los hechos.

—Afortunadamente respetaron el cuerpo incorrupto de nuestro rey Fernando III el Santo. Parece que no es un robo común, sino que obedece a una conspiración de los moriscos para organizar una revuelta interior. Está escrito en caracteres aljamiados. Quedaría por averiguar el alcance y la envergadura de esta, y si están apoyados por una fuerza militar llegada desde África. La Espada de Fernando III puede significar para ellos el detonante que tanto llevan esperando para su reconquista. Todo

esto puede obedecer a los rumores de expulsión que se ha extendido entre los moriscos, aunque nada está decidido. —Con un leve gesto dirigido hacia la puerta. —Ahora les ruego me dejen solo con el letrado don Enríquez de Salazar, ya que desde estos momentos este asunto quedará en manos de los familiares de la Santa Inquisición. —Una vez se hubieron retirado los colaboradores, Su Eminencia le indicó al inquisidor que tomase asiento.

—Veamos don Enríquez. Estamos a un mes escaso de la Festividad de la entrada de Fernando III a Sevilla, día de San Clemente y del solemne acto **Procesional de la Espada**. Tenemos este tiempo para resolver este sacrílego suceso.

—No dude Eminencia que a la mayor celeridad posible quedará cerrado el caso, y los culpables serán puestos a disposición de la justicia eclesiástica.

El cardenal continuó exponiendo. —He mandado noticias a su Alteza Real Felipe III por medio del correo de posta, para que quede informado de lo sucedido esta tarde en Sevilla. También le he adelantado el plan a seguir; si bien Su Majestad no es muy dado a la represión de esta muchedumbre de malas gentes y peores cristianos, la reina Margarita de Austria nos apoyará en nuestras decisiones. Vigilaremos aquellos lugares donde celebran los conciliábulos y practican sus ritos herejes y sus cánticos blasfemos dirigidos a la religión cristiana. Controlaremos a los asistentes en las misas de precepto, que tan hipócritamente se comportan; en las plazas y lugares que frecuentan, con especial observancia de los cabecillas de la secta, y si se hacen acompañar de personas venidas de fuera de los que no tenemos conocimientos, y se pondrá especial cuidado en aquellos que se hacen pasar por cristianos viejos o los integrados en comunidades gitanas. Los campesinos, los más molestos por la relajación de las normas sobre los moriscos, nos pueden igualmente ayudar en esta tarea alentándolos contra ellos.

Se detuvo en la exposición de la estrategia a seguir, se incorporó e indico a don Enríquez de Salazar que no se levantara. Con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, y las palmas de las manos juntas en su posición habitual, comenzó a dar pasos cortos en ambos sentidos y prosiguió en su declaración de intenciones. —Lo primero que haremos

será visitar al morisco Fernando Montana. Es para ellos como una especie de caudillo y su imán en Sevilla. Sería importante persuadirlo a que nos revele si hay un intento de rebelión en este acto de la sustracción de la "**Lobera**". Igualmente se encargará don Enríquez, de la organización de una procesión extraordinaria de la Virgen de los Reyes el domingo día nueve de noviembre para pedir la reposición de "**La Espada**" de Fernando III el Santo a su lugar.

El inquisidor, aprobaba las resoluciones e iniciativas expuestas por Su Eminencia con gestos de complacencia esperando que terminara de concluir las mismas, con la intención de transmitirle una idea que le rondaba por la cabeza nada más saber de los robos y asesinatos cometidos en la Catedral. —Efectivamente, Eminencia —le decía el inquisidor, —se ha relajado en mucho la observancia de las normas que los moriscos tienen la obligación de cumplir desde la rebelión de la Alpujarras. —El cardenal le miró con sumo interés y le interrogó con la mirada.

—Eminencia, posiblemente se haría necesario la celebración de un Auto de Fe para que quedase claro que no se tolerará por parte de la Iglesia Católica, ninguna acción contraria a las buenas costumbres que tanto omiten estos herejes, a los Dogmas de Fe y a las creencias de la religión cristiana.

Su Eminencia sin apartar la mirada de su ayudante le apremió. —Me parece una idea excelente y se llevará adelante de la manera más persuasiva el 16 de noviembre, el domingo anterior a la "**Procesión de la Espada**". Nos olvidaremos en esta ocasión del Real Convento de San Pablo o del Castillo de San Jorge, y se formará el Tribunal del Santo Oficio en la Plaza de San Francisco, donde se celebrará el Auto de Fe y las ejecuciones en el Prado de San Sebastián. Se tomaran cincuentas reos del Castillo de San Jorge acusados de herejía; se arrasarán sus casas y sus bienes y se ejecutaran treintas en la hoguera y se condenarán a veintes a cárcel perpetua, y todo para escarmiento de los moriscos de Triana donde radican los más; herejes, blasfemos, usureros y pendencieros de toda la cristiandad. —Con gesto solemne y actitud abstraída continuó. —Que se ponga en conocimiento de la forma habitual para toda Andalucía y los Reinos de España que quisiera venir a contemplar el Auto de Fe que jamás haya acontecido en todo el Imperio, y espero que esto les haga

reflexionar. —Concluyó. —Encárguese de todo personalmente don Enríquez.

Llevaban a fray Sebastián arrastrando entre dos centinelas por un pasillo húmedo y tenebroso iluminado escasamente por dos hachones, mientras otro descerraba la cancela de una celda y la abatía arrojando después al maltrecho fraile al interior del recinto. Cayó al suelo de piedra como un fardo y quedó tendido bocabajo, con la respiración muy agitada se apercibió de la corrosiva humedad que lo inundaba todo y el olor nauseabundo que impregnaba el aire de la estancia. A pesar de su estado, y con mucha dificultad, se fue incorporando hasta lograr apoyarse en el muro de piedra de la manera más cómoda que pudo.

—¡Oh, Señor! ¿Qué hice mal para merecer este castigo? —Así se lamentaba, cuando de la oscuridad del habitáculo se alzó una voz tenue como no queriendo deshacer el silencio del lugar o evitar ser escuchado por los carceleros.

—Hermano Sebastián, estoy aquí encerrado, el hermano Pablo no sé dónde se encuentra.

Se incorporó aún más el hermano Sebastián, y agudizando la vista pudo distinguir la figura de un fraile que se aferraba a una reja que lo separaba de su celda. —¡Hermano Serafín! No sé si debo alegrarme o entristecerme de veros.

—¡Ha sido horrible hermano Sebastián! —Se adelantó a aclarar el hermano Serafín. —Estábamos vigilando el interior de la Catedral cómo hacemos todos los días desde que se cierra la Santa Sede y de repente, unos encapuchados sin saber de dónde salieron, se abalanzaron sobre nosotros hablando un dialecto morisco, del estilo del que escuchamos en el Real Convento de San Pablo. Al hermano Pablo no sé lo que le hicieron, pero a mí me pusieron un capuchón y me arrastraron fuera de la Catedral porque sentí la frialdad de la tarde, empapándome de la lluvia que caía y me subieron a un carromato. No sé por dónde me llevaron, pero fue durante bastante tiempo hasta que me encerraron aquí.

El hermano Sebastián miraba al joven Serafín atentamente y tapándose la cara con las palmas de las manos exclamó.

—¡Bendito sea Dios! —Por unos instantes se mantuvo en silencio hasta que pudo reaccionar, y reponiéndose preguntó. —¿Estás seguro de que todas las puertas de la Catedral estaban cerradas y que nadie quedó en el Templo?

—Sí, así fue hermano. La última puerta la cerré yo y fue la que da al Patio de los Naranjos al salir el secretario del cardenal, el Presbítero Damián Vidal.

—Es cierto hermano. Yo estaba en la Biblioteca y a través de los ventanales que dan al Patio de los Naranjos lo vi salir por la Puerta del Perdón. Estando en estas estancias escuché ruido en la Capilla Real, me asomé al Templo y os llamé y escuché a alguien decir ¡Ahí hay otro fraile! ¡Ve a por él! —Volví a cerrar la puerta y corrí cruzando el Patio de los Naranjos hasta la Puerta del Perdón por donde salí a la calle.

A la vez que hablaba paseaba la mirada por la celda para intentar adivinar donde podrían encontrarse. —¿Decías hermano Serafín que pasó un tiempo en llegar hasta aquí antes de que te bajaran del carromato?

—Así es hermano Sebastián.

—Sin embargo, este silencio no parece que sea una prisión de la Inquisición ni de la justicia ordinaria en donde nos encontramos.

Se incorporó, llegó hasta la cancela por donde lo arrojaron y comenzó a llamar en voz alta a los carceleros o a alguien que le escuchara sin obtener respuesta alguna.

Capítulo-02

Amanecía en la Sevilla de principios del Siglo decimoséptimo, al siguiente día de la tremenda tempestad desatada. Despertaba la ciudad de la luz en una radiante y esplendorosa mañana, tiñendo los edificios de colores brillantes y azuladas sombras, reflejo del celeste cielo, limpio y transparente que lucía. Repicaban las campanas de la torre campanario, la esbelta torre de la Fe o la singular Giralda, anunciando la primera misa del día.

Sevilla era la capital de dos mundos desde los Reyes Católicos, y el río Guadalquivir soporte de variadas culturas por aquellos siglos de plata; metal que los barcos descargaban junto a diversidad de mercancías en el puerto de Sevilla, transformando a la ciudad en un crisol de gentes venidas de distintos lugares al reclamo de las posibilidades de negocio y trabajo. La ciudad más importante de su época. En estos años el comercio de Indias había mermado, aunque era aún lo suficientemente importante para necesitar mano de obra, por lo que en el Arenal se aglutinaban mercaderes, negociantes, señores acompañados de sus criados, mano de obra barata y por añadidura truhanes, pícaros, rufianes y mendigos.

La otra Sevilla de la opulencia de la nobleza dominante y en el ala destinada a residencia en el Real Alcázar, se hallaba compuesto un lujoso coche con tiro de enganche en cuarta, formado por blancos corceles de larga crin y lacayos en el Patio de la Montería. Aparecía en el dintel de la puerta del monumental edificio el jactancioso duque Álvaro de Pedralba y Torres Altas. El presumido personaje, asistente de Sevilla nombrado por Felipe III; celoso de su aspecto y siempre a la moda del momento, de pelo recortado, de frondoso y largo bigote de puntas ligeramente levantadas y de cuidada barbilla. Alta gorguera, lujoso jubón, calzas, medias de

seda y zapatos de pala con picados transversales y punta achatada. El duque subió al coche de caballos y dirigiéndose a su cochero le ordenó. —Cochero, al Consistorio. —El cochero voceó al tiro de caballos y el coche se puso en marcha con delicada suavidad, seguido a prudente distancia por cuatro alguaciles a caballos.

A la misma hora y a menos de un cuarto de legua, cruzaba por la Plaza de San Francisco Gonzalo de la Encina, prior del Real Convento de San Pablo, que dirigía sus apresurados pasos hacia el Palacio Arzobispal. Tan absorto iba en sus pensamientos. —Tengo que encontrar a mis hermanos ¿qué les ha podido ocurrir? —Que no reparaba en el mitin que se estaba produciendo en el arquillo del Ayuntamiento. —¡Escuchad cristianos viejos! ¡Protegeros de los moriscos, porque ellos no creen en nuestras costumbres, en nuestras creencias y nuestra Fe!... ¡Practican a escondidas sus ritos herejes y se dan golpe de pecho hipócritamente profanando nuestras iglesias y engañando a todos, para usurparnos el trabajo y el pan de nuestros hijos!... ¡No cumplen con las normas y las leyes establecidas y son los responsables de los atentados, robos y asesinatos que se producen en Sevilla! ¡Hay que echarlos de esta ciudad, que se vayan! —Vociferaba un exaltado personaje enardeciendo con gestos teatrales a los numerosos curiosos que hacían corrillos; unos asentando con ligero movimiento de cabeza, los más numerosos coreaban cada delación que formulaba el actor, sin reparar igualmente en los numerosos carteles que anunciaban el Auto de Fe y las ejecuciones que algunas horas antes había ordenado el cardenal a su más cercano colaborador. Una vez llegado al Palacio Arzobispal.

—Su Eminencia, el Ilustrísimo Gonzalo de la Encina se encuentra en la antesala a la espera de audiencia. —Le anunciaba el secretario.

—Bien, hágalo pasar. —Le indicó el cardenal incorporándose del suntuoso sillón de cuero repujado en el que se encontraba y avanzó varios pasos hasta situarse en el centro de la sala; a la vez que el secretario llegaba a la puerta del despacho, la abatía y se acercaba al prior.

—Su Eminencia Reverendísima le recibirá ahora mismo.

Con un ceremonioso gesto le indicó que le siguiera y que accediera a la sala. Una vez dentro del suntuoso despacho, el Prior apresuró su paso y se inclinó besando el anillo que el cardenal le ofrecía con una ligera genuflexión.

—Eminencia, traigo malos presagios. Esta mañana no volvieron al convento los frailes destinados en la Catedral, ni el fraile ayudante del conservador de la Biblioteca y Archivos de la Seo y el Consistorio. —Hablaba en claro estado de ansiedad. El cardenal posando su mano sobre el hombro del preocupado fraile le indicó que tomara asiento.

—Lo he considerado como asunto prioritario y he encargado para su esclarecimiento al conde Enríquez de Salazar. Le pido su colaboración para indagar entre los reos moriscos de las cárceles del Real Convento de San Pablo, aunque para ello tenga que hacer uso de los métodos más persuasivos a su alcance.

Parecía que las palabras de Su Eminencia tranquilizaban a Gonzalo de la Encina. El prior afligido pero algo más calmado, ante el ofrecimiento de colaboración de Su Eminencia, se acomodó en el sillón y respirando profundamente contestó.

—Con toda seguridad, Su Eminencia sabrá resolver este asunto. Dispondré lo necesario para interrogar a los reos y traerle lo antes posible noticia de los interrogatorios, para detener a los asesinos y reponer en su lugar "**La Espada**". Rezaré para ello.

—Bien don Gonzalo, regrese al convento, que el Señor nos ayudará a encontrarla.

—Gracia Eminencia.

Se levantó y con el mismo gesto de obediencia establecida, besó el anillo del cardenal y se dirigió a la puerta del despacho donde le esperaba el secretario Damián Vidal.

Tanto la propaganda del anuncio del Auto de fe como la investigación del robo de "**La Lobera**", y la procesión extraordinaria de la Virgen de los Reyes, se desarrollaban a ritmo acelerado gracias a los buenos oficios del conde Enríquez de Salazar y sus ayudantes familiares; laicos nombrados por el cardenal, entre mercaderes y ganaderos de sangre lim-

pia a propuesta de los inquisidores locales. Sentados en rudas y pesadas sillas en un apartado de una de las tabernas del arrabal de Triana y muy cerca del Castillo de San Jorge, ante una botella de vino de la tierra y acompañado de un buen queso, se encontraban Enríquez de Salazar, y uno de los familiares de confianza llamado Luis, más conocido como el Trapero. La conversación giraba sobre los datos que habían recopilado de la investigación del asesinato, secuestro y robo llevados a cabo hasta ese momento, y de las posibles conclusiones a las que podían llegar. Relataba el inquisidor.

—De la inspección ocular de las zonas donde posiblemente se movieron los asaltantes en la Catedral, se observan muy pocas huellas; la mayoría de zapatillas de las utilizadas por los moriscos moviéndose con total libertad por el Templo, que por sus tamaños pueden ser cuatros individuos. Las menos, las huellas de las sandalias de los frailes, pero parece como si fuera de uno solo. Arrastran un cuerpo que podría ser del dominico asesinado y colgado curiosamente del brazo del temor de la Menorá. Parece que en algún momento ocurre algo y uno de ellos corre hacia la puerta que da a las naves de la Biblioteca y Archivos. Pero lo que realmente me preocupa es que no haya huellas en ninguna puerta de la Catedral, ni de entrada ni de salida, y que tanto la verja de la Capilla Real como la urna de San Fernando no estaban forzadas. —Escuchaba atentamente Luis el "Trapero", afirmando con gestos el relato que hacía el inquisidor letrado.

—Venían a robar la "**La Lobera**", y parece que los objetos sacros que sustrajeron obedecen a un gesto mecánico de algunos de ellos. —Concluyó el Trapero.

Iban a incorporarse para abandonar la taberna cuando se les acercaron dos caballeros de respetada presencia y con rango de nobleza por sus ropajes.

—¿El conde don Enríquez de Salazar?

—Sí, el mismo ¿En qué puedo servirles señores?

—Señor conde, somos los testigos del marqués de Torralba que pide una reparación a su honor mancillado por usted, retándole en duelo mañana a la salida del sol en los campos de Tablada.

—Díganle al marqués de Torralba que estaré con mis testigos en los campos de Tablada.

—Que así sea. —Con una ligera inclinación de cabeza dieron por enterado al conde.

Enríquez quedó pensativo, que si bien tenía que ser por motivos de faldas, no relacionaba estas con el ofendido. —Puedo adivinar el motivo, pero no el burlado ¿Tenemos noticias del marqués?

—Don Enríquez, creo que se trata de un noble de Alcalá de Guadaira a cuya mujer se le hace angosto el palacio donde habita y busca praderas verdes. Recuerde señor que salimos a caballo tendido porque nos echaron los perros, y estuvimos toda la noche en una cueva en un recodo del río después de azuzar a los caballos para que los perros les siguieran.

—¡Ja ja ja! Es cierto, sé quién es este marqués de Torralba. Bueno, busquemos a ver si tiene alguna cuenta pendiente con la Inquisición, y tu Trapero indaga su capacidad de uso con la espada. En último caso nos inventaremos una ofensa a los dogmas de la iglesia católica.

El Asistente don Álvaro de Pedralba y Torres Altas había perdido la compostura y se encontraba fuera de sí en el despacho del Consistorio, gesticulando y vociferando de tal forma y manera que no correspondían los desmesurados gestos a su personalidad ni a su cargo. Los presentes, el Alguacil mayor el duque Alfonso de Campos Benjumea y dos Alcaldes mayores callaban guardando un prudente silencio y las miradas bajas, soportando estoicamente el correctivo del superior.

—¡Cómo es posible que no se me haya informado al instante de lo ocurrido ayer tarde en la Catedral! ¡Que sea mi propio cochero el que tenga que explicarme a la mañana siguiente: el asesinato, el secuestro y los robos cometidos camino del Cabildo! ¡Y lo grave de vuestras dejaciones, desinterés y falta de responsabilidad es que han facilitado a la Inquisición la intromisión en este asunto claramente civil! —Hizo una pausa para calmarse de su desenfreno, miró a sus colaboradores y más sosegado continuó. —¿Qué razones esgrimen para tan lamentable descuido?

El Alguacil mayor de rostro llamativo, ojos grises, de nariz recta y barba recortada que le configuraba un semblante ciertamente varonil, levantó la cabeza y miró fijamente al Asistente y amigo, e intentó entender la actitud de este en su alegato, comprendiendo que su superior don Álvaro solo esperaba una razón satisfactoria.

—Señor, de lo sucedido ayer tarde en la Catedral desde el exterior, nadie notó nada extraño. La guardia de seguridad que ronda los alrededores de la Catedral, el Palacio Arzobispal, este Consistorio y Plaza Virgen de los Reyes como tampoco los soldados que montan guardia en el Real Alcázar, no dieron ninguna novedad en el relevo de la noche y el relevo de esta mañana. Sin embargo, han aparecido muy temprano, carteles anunciando un Auto de Fe y charlatanes arengando contra los moriscos en casi todas las plazas, y en los corrillos solo se hablaba de lo sucedido en la Catedral. Cada uno de nosotros hemos tenido conocimiento de los hechos por los comentarios de las gentes en la calle camino del Consistorio.

—Sugiere don Alfonso ¿Que ya estaban en el interior del templo cuando se cerraron las puertas de la Catedral?

—Eso me temo señor Asistente, así lo creemos, y que alguien está interesado en provocar un motín popular contra los moriscos.

Don Álvaro pasó del gesto de interrogación a uno de incertidumbre. Por un momento quedó pensativo aunque por poco tiempo ya que, a continuación expuso su máxima preocupación. —Su Eminencia, nos llevará a estas horas del día la suficiente ventaja en la investigación como para argumentar que estos hechos les corresponden investigarlos a la Inquisición ¿Cómo es que solo la autoridad eclesiástica lo sabía?

—Me he permitido señor, —Intervino el Alguacil mayor. —mandar correo postal a su Alteza real Felipe III, poniéndole en conocimiento de lo sucedido para que en este caso indique qué justicia, si la civil o la eclesiástica, ha de intervenir en este asunto. Del mismo modo, he despachado correo al corregidor que se encuentra en Granada, para que igualmente se pronuncie.

—Bien don Alfonso, cuanto antes, disponga lo necesario en medios y personal para acortar en lo posible la ventaja que nos lleva el cardenal para esclarecer este espinoso asunto.

CAPÍTULO-03

Tanto el inquisidor judicial y el familiar Luis el Trapero, llegaron a la casa del morisco Fernando Montana ante la que se encontraban dos familiares protegiendo la entrada y numerosos curiosos que se agolpaban a cierta distancia. Era de una planta de muros de adobe y fachada encalada, de aspecto abandonada y con una única ventana de madera descolorida y de reducidas dimensiones; muy semejantes a las que componían la tortuosa, sucia y lamentable calle del arrabal. Desmontaron del caballo y uno de los familiares se hizo cargo de los animales y el segundo les abrió la puerta, pasando los dos al interior. Atravesaron un reducido vestíbulo hasta una sala amplia muy iluminada por el patio interior al que se abría. Se encontraba Fernando Montana arrodillado y el suelo salpicado por chorreones de sangre, los dos familiares a su lado y una mujer con el rostro cubierto por sus propias manos sollozaba. Se acercó a él don Enríquez.

—Veo que te han persuadido para que nos cuente quien ha cometido el asesinato y el robo de "**La Espada**".

—No sé nada señor de lo que me decís. —Hablaba con dificultad por los golpes que le habían aplicado y se mostraba dolorido en los intentos de moverse. El Inquisidor miró a uno de los familiares y este negó con un movimiento ligero de cabeza.

—Fernando, espero que reflexiones y nos digas quien son los autores, y en cualquier caso espero tu colaboración para que averigües quien lo pudo cometer. ¡De lo contrario, la próxima vez que vengamos será para llevarte a ti, a tu mujer y a tus hijos, —Señalaba a esta con el dedo. —al Castillo de San Jorge, que ya conoces, y que por vuestra edad no saldríais con vida de él!

Se giró en dirección al pequeño vestíbulo y con un gesto leve indicó a los familiares que le siguieran. Una vez en la calle, desde los curiosos que allí se encontraban se adelantó con gesto de rabia un muchacho gritándole al Inquisidor.

—¡Nos vengaremos asesinos! ¡Y tú pagarás el primero!

Los familiares que caminaban detrás de don Enríquez hicieron el intento de correr para su detención, pero el inquisidor les detuvo.

—No hace falta. Es el hijo de Fernando Montana, está localizado y vigilado.

Se encontraba ya Enríquez sobre la cabalgadura cuando llegaron otros dos familiares.

—Tenemos noticias señor del robo de la Catedral.

—De qué se trata.

—Se ha detenido a un traficante de objetos de arte que tenía parte de lo sustraído en la Catedral. Ha confesado, sabemos quién es el que se los ha vendido y donde vive, está muy cerca de aquí señor, en otra collación.

—De acuerdo, vayamos a por él.

Cuando llegaron a la collación y a la casa que buscaban, el familiar que les conducía desmontó del caballo y se dispuso a llamar a la puerta.

—¡Señor está abierta! —Advirtió.

En ese momento descendieron otros dos familiares y el propio Enríquez. Empuñando las armas, se situaron a ambos lados de la puerta y con una señal el inquisidor le indicó al familiar que la abriera con cuidado. Cuando estuvo suficientemente abatida esperaron un instante y a la voz de, —¡Ahora! —se introdujeron en la casa el familiar, el propio Enríquez de Salazar, y el Trapero detrás de ellos. Se quedaron quietos. La casa estaba en penumbra y necesitaban un momento para hacerse a la oscuridad; solo el silencio y la quietud reinaban en lo que parecía ser una estancia rectangular, aunque por un momento creyeron percibir un leve gemido.

—¡Descorrer los lienzos!

Al instante de hacerlo descubrieron la escena: un cuerpo inerte tumbado en el suelo boca arriba con ostensibles puñaladas en el cuerpo y un niño que rodeaba las piernas con sus brazos ocultando la cara, balanceándose violentamente. Luis el Trapero se acercó al muchacho y hablándole suavemente le intentó tranquilizar.

—No tengas miedo muchacho, somos amigos, no te haremos ningún daño. Te vamos a proteger ¿Era tu padre?

El muchacho no respondía ni alteraba sus movimientos, solo giraba la cabeza negando.

—Debes confiar en nosotros te llevaremos con tu familia.

Mientras tanto, don Enríquez y uno de los alguaciles examinaban el cadáver.

—Parece que se han ensañado con la víctima ¡Vaya! Es de etnia gitana, esperaba que fuera morisco. Deberá de identificarlo el traficante de arte.

Entretanto el Trapero había conseguido tranquilizar al muchacho y había levantado la cabeza y dejado de gemir. Se acercó a él el inquisidor e inclinándose le habló.

—Si no es tu padre ¿Quién era?

—Mi tío señor. —Contestó aún con el aliento entrecortado el muchacho.

—¿Tienes más familia?

—No señor.

—¿Vivías con tu tío?

—Sí señor.

—¿Vistes lo que le hicieron a tu tío?

—Sí señor.

—¿Te ocultaste y ellos no te vieron? ¿Reconocerías a los que mataron a tu tío?

—Sí señor.

Se incorporó de su posición y con los brazos en jarras respiró profundamente y casi lo imploró.

—Con un poco de suerte este muchacho nos conducirá a los autores de los asesinatos y el robo. Confiemos en que la "**Lobera**" aún siga en Sevilla. Quedarse aquí dos familiares hasta que venga la autoridad judicial. Nos llevaremos al muchacho y cuando esté más tranquilo espero que nos cuente lo sucedido.

Al otro lado del puente de barca y señalando un cuerpo medio enterrado por el lodo, preguntaba el Alguacil mayor. —¿Quién ha encontrado en el rio al fraile dominico?

—Señor, esos muchachos que estaban jugando en esta orilla del rio muy cerca de la Torre del Oro y casi enterrado y tapado por el puente. —Decía uno de los alguaciles señalando a tres muchachos abrazados entre ellos muy asustados y custodiados por otro alguacil y el alcalde mayor Juan del Pino.

Por el puente de barcas se aproximaban a caballo de regreso del arrabal de Triana, Enríquez de Salazar junto con el Trapero, y los familiares que le habían acompañado. Uno de ellos llevaba al niño delante de la montura. Se aproximaban al grupo y cuando estuvieron a su altura Enríquez vio al Alguacil mayor, descabalgó y atravesando entre los numerosos curiosos que allí se encontraban se dirigió a este.

—Buenos días don Alfonso ¿Parece que han encontrado al fraile dominico que secuestraron en la Catedral por lo que se ve del hábito?

No pareció que el Alguacil mayor celebrara la presencia del inquisidor en el lugar del suceso, ya que tan solo respondió de mala gana al saludo de este.

—Buenos días, podría ser el fraile que secuestraron.

—Entiendo don Alfonso su aptitud hacia la Inquisición en mi persona, que por otro lado manifiesta cada vez que hay ocasión, pero en este caso debo de decirle que por mi parte no me importaría una colaboración mutua en la investigación.

—No estoy muy seguro de su ofrecimiento don Enríquez, Su Eminencia no estaría de acuerdo con esa idea.

—Creo que este caso es muy especial don Alfonso, —Continuó el inquisidor —está por medio el robo de "**La Espada**" de Fernando III. Creo que el cardenal no tendría por qué conocer esta alianza entre ambos. En prueba de mi palabra de caballero, le puedo ofrecer un descubrimiento que puede ser decisivo.

Se volvió hacia su grupo que se encontraba a caballo detrás de los curiosos y señalando en dirección al muchacho sentenció.

—Ese muchacho nos dará la clave para esclarecer este caso.

—Bien don Enríquez, podría ser una muy buena razón el aunar esfuerzos para recuperar "**La Espada**", pero este ofrecimiento conociéndole obedece a otra razón más personal.

Este sonrió ligeramente sabedor de que sin lugar a dudas don Alfonso sospechaba o sabía la verdadera razón de la alianza que acababa de proponerle a espaldas de Su Eminencia Reverendísima.

—Así es don Alfonso; una razón rubia de esplendida belleza y que se llama Catalina de Campos Benjumea. Nos conocemos desde hace unas semanas y parece que hubiera pasado siglos.

—No apruebo esa relación don Enríquez, sabiendo la fama de que goza entre los maridos. Pero posiblemente no será necesario que yo tenga que intervenir, solo será suficiente que mi querida hermana sepa que usted pertenece a la Santa Inquisición.

Se le nubló el rostro a don Enríquez. En ese momento un alguacil se acercó al Alguacil mayor.

—Señor, necesitamos que se acerque al cadáver.

—De acuerdo vayamos.

Apesadumbrado el inquisidor volvió sobre sus pasos, montó sobre su cabalgadura y dio la orden de alejarse del lugar. Alfonso, miró un instante de soslayo para ver cómo se alejaba, sonrió y se dirigió a donde se encontraba el desdichado fraile.

No muy lejos de la collación de los cristianos viejos se encontraba la Iglesia Real de Santa Ana y a ella se encaminaba la morisca Fátima Montana aunque por sus ropajes cristianos no lo pareciera cuando una voz conocida la llamó.

—¡Fátima! —La llamaba el joven Gonzalo un morisco amigo y criado con ella en la collación desde la niñez y que la pretendía desde muy joven.

—Hola, Gonzalo ¿Cómo tú por esta collación?

—Te vengo siguiendo hace varios tardes Fátima, y no entiendo cómo todos los días antes de irte para casa entras en Santa Ana siendo una iglesia cristiana, en día no festivo que nadie te obliga a entrar ahí.

—Bueno Gonzalo, últimamente mi señora Teodora, que es muy devota de esta iglesia y que está contribuyendo a su terminación, me manda a que le traiga al párroco, recados, donativos y presentes.

Gonzalo torciendo el gesto. —¿Pero ella sabe que tú eres morisca, verdad? Está bien que entres los domingos y días de fiestas para cumplir con las apariencias cómo hacemos la mayoría, pero no me parece razonable que tu señora te mande todos los días.

—Gonzalo tú estás trabajando con cristianos viejos y sabes que hay órdenes que tienes que cumplir te guste o no.

—De acuerdo Fátima, si quieres te acompaño, hace tiempo que no hablo contigo y me gustaría preguntarte por algo que nos interesa a los dos.

Fátima con un gesto dio su aprobación a la petición y propósitos de su amigo, y se dirigió a la iglesia accediendo al recinto fortificado seguida de Gonzalo un paso más atrás que ella, ante la duda si acceder o no al interior del edificio cristiano sin estar obligado al no ser día preceptivo. No obstante, decidió acompañar a Fátima hasta el interior del Templo. Se apareció ante sus ojos una edificación de tres naves siendo la central más ancha y elevada que las laterales, de importantes dimensiones para ser iglesia parroquial, de pilares rectangulares rematados en molduras, de arcos ojivales y cubierta de bóvedas de nervaduras apoyadas en ménsulas.

—Espérame aquí Gonzalo iré a la sacristía a hablar con el sacerdote, no tardaré mucho.